

*“Algo muy
tonto que
ya no pude
sacarme de
la cabeza”*

Pró logo

Los textos que se ofrecen a continuación fueron escritos en el taller “cuarenta centímetros cuadrados”, durante mayo y junio de 2024. Nos juntábamos en Espacio Mariposa a compartir lecturas y escrituras, siguiendo indicios que adivinábamos dentro de los cuentos de Samantha Schweblin, como si fuera un exorcismo. Cada una llegaba al taller cargando su cuaderno o su tablet y ocupaban un lugar, siempre el mismo, alrededor de la mesa blanca. Los textos circulaban, crecían, se desmembraban, mutaban y cobraban vida como fantasmas dentro del drive o en las notas del celu. No faltaba la charla, la mirada aguda, punzante, el cuestionamiento siempre, la piel puesta al revés por las palabras. Nombrar para hacer visible, pronunciar para provocar, escribir para sacudirlo todo.

Carolina Pittinari
1 de Noviembre 2024

Índi ce

Silvia Morán

- 5-Formando Fila
- 6-Visitas Incómodas

Nora Giménez

- 8-Hacia lo desconocido
- 10-Cosas de la vida
- 12-De afanes y deseos

Silvia Angles

- 16-El cuartito del abuelo Angles
- 17-Happy day
- 19-Preguntas vitales

Silvina Ferreyra

- 24-Amapolas Rojas
- 26-Los pájaros que no vienen a beber el agua de charco del jardín
- 28-Un jardín para jugar
- 32-El vals

Patricia Rubione

- 35-Lo que te quiero contar...
- 37-El amoren tu árbol
- 39-La Rutina de los Pérez
- 41-Creemos que exageramos, pero es justicia

Bibiana Luque

- 44-No es Lila
- 46-La Fiesta

Formando

Fila

Otro viernes más y yo viajando a Córdoba a la clase de Tai Chi. El viaje es apacible, escucho música alegre en la radio. Los camiones y colectivos que paso en la ruta parecen detenidos. Al llegar a mi destino las frenadas y los bocinazos ocupan el lugar de las cumbias que disfrutaba antes. Sin darme cuenta soy parte de un frenesí alocado que no estaba en mis planes. Me detengo y veo a pocos metros una cafetería. Decido parar y merendar. El aroma a café y pan recién horneado me reciben. Me siento junto a la ventana. Observo la quietud del otro lado de la calle. Al frente hay una plaza con árboles añejos, bancos con abuelos sentados al sol y algunos transeúntes apurados inmersos en su mundo. A unos metros hay una tímida parada de colectivo, aunque el cartel está desteñido por el sol todos saben que está ahí. La gente llega y sin querer se forman uno detrás de otro como los chicos en una escuela. Voy recorriendo con la mirada esa fila que se hace cada vez más larga. Un hombre con un gorro de Boca es el primero, no parece tener apuro. Le sigue un vendedor ambulante que lleva una mochila cargada y entre sus brazos una caja abierta llena de medias. A pesar del rostro preocupado que muestra cuando calla, no deja de ofrecer sus artículos. Hay también un adolescente sumergido en la pantalla de su celular y un anciano que se acerca despacio ayudado por su bastón. Termino la merienda y mientras la tarde amenaza con caer, voy caminando despacio a la clase. Dejo atrás la fila que aún espera la llegada del urbano testigo fiel del equipaje de cada pasajero. Claridad y confusión, serenidad y agitación.

Visitas Incómodo das

Todo luce impecable, muebles, alfombras y adornos. Cada cosa está en su lugar. A la entrada de la casa, a la derecha, hay patines de tela. La mirada de Adela obliga a las visitas a usarlos sí o sí. Ella se ocupa a diario de que todo brille, de limpiar y ordenar. Las horas del día están perfectamente diagramadas para cada tarea. Nadie lo hace mejor que ella.

Las paredes blancas del living son el marco perfecto de un cuadro colorido y una amplia ventana que da a la calle. Hay grandes sillones mullidos color crema y en un florerito blanco sobre la mesa ratona lavandas recién cortadas que completan y perfuman la habitación.

Han llegado visitas, amigos de la infancia con un perro. No han reparado en los patines de la entrada, hay alboroto, besos y abrazos. Todos quieren contar algo, menos Adela que lo único que ve es que nadie usa los patines y su piso ha dejado de ser un espejo.

Cada uno está ahora cómodamente sentado y comienzan una charla acalorada llena de recuerdos que se interrumpe cuando entra la mascota con las patas llenas de barro. La cara de la dueña de casa comienza a transformarse y cambia de color. Trata de acomodarse mejor en el sillón, disimular, pero al darse cuenta que la alfombra también está manchada, salta con la furia de quien no puede contenerse y da un grito tan fuerte y lleno de insultos que hace que todos, incluida la mascota salgan de inmediato a la calle. Desde la vereda, las visitas ven pasar volando con estupor un escobillón revoleado desde la puerta. Un portazo desmedido hace desgranar los vidrios de la ventana.

Adela llena un balde con agua limpia y deja todo reluciente otra vez. Cuando termina, se acomoda en el sillón y mira extraviada por la ventana.

Hacia lo des conocido

Me pasó hace unos años, cuando fui a visitar a mi hermana. Me bajé del colectivo y subí caminando rumbo a su casa. A las dos cuadras miré los edificios, los carteles con el nombre de las calles. ¿Dónde estaba? No reconocía los comercios, la entrada de los departamentos. Sentí las manos húmedas, una inquietud creciente. ¿Habría cruzado una calle por error? ¿Me había confundido en la diagonal? Con la angustia a flor de piel decidí regresar a la parada del ómnibus y volver a empezar. Perder el camino y encontrarlo.

Pensé que no iba a repetirse, hasta la vez en que viajé por un turno médico y el taxi no pudo dejarme justo enfrente del consultorio. ¿Se da cuenta, señora? dijo el conductor. Seguí con cuidado las indicaciones pero no llegué a encontrarlo. Tal vez me indicó mal, tal vez yo estaba errada. O la altura... ¿Era Jujuy? ¿Era Rioja? ¿No había cerca una casa de repuestos? Otra vez ir y volver, observar, preguntar, hasta que llegué al lugar que buscaba al borde de las lágrimas.

De ahí en más, cada salida me abrumaba. No servían los planos ni las explicaciones. En cualquier momento, en medio

de una caminata o de un recorrido en auto, algo se desajustaba, ya no sabía si iba rumbo al norte o al sur, calle arriba o calle abajo.

Me pasó en mi barrio, en pleno día y entre los árboles de un campo, por la noche, aferrada al volante, los dedos crispados, preguntándome por qué ese ciruelo escuálido se cruzaba en mi camino si antes no estaba, por qué las zarzadoras me rozaban o una piedra, que apenas lograba esquivar, se interponía desafiante. No podía pensar, avanzaba sintiendo que estaba siempre en el lugar equivocado.

La última vez, volvía a buscar algo olvidado en casa de mi hija. Avanzaba rápido, preocupada porque se acercaba la noche y me encontré de pronto en una calle de tierra desconocida. No estoy perdida, dije para darme ánimo. Y giré con el auto en una esquina para regresar por donde había venido. Ahora lentamente, mirando las pocas casas y los arbustos tupidos que los alambrados encerraban a cada lado de la calle. Oscurecía. Las luces se iban encendiendo. Unos metros más adelante vi el lugar donde tal vez debería haber doblado. Seguí, más allá de los pozos y de la tierra suelta. Estaba en otra ciudad, en un barrio que no conocía, lejos de la ruta que me esperaba. “Estar perdido no es lo mismo que perderse” había leído una vez en un libro. Seguí avanzando apenas, las manos quietas en el volante, la mirada ausente. Sin poder pensar, recostada la espalda en el asiento.

Poco a poco, comencé a sentir que podía controlar el miedo, que marchar hacia adelante sin dudar o enfrentando las dudas era posible. Un nuevo impulso nacía en mí. Decidí atreverme, y despojada de certezas, probar, por fin, qué era perderse.

Cosas de. la vida

La plaza muestra su imagen de invierno. Pastos amarillentos, secos por las heladas y la falta de agua. Árboles desnudos, hojas caídas que se arrinconan contra el pequeño muro que encierra los juegos infantiles.

Estoy sentada en uno de los bancos y recuerdo una frase que leí hace poco: *Ellos están ahí para cuidar de sus cosas y a cambio, sus cosas los sostienen*. Observo la gente que pasa. Es verdad, pienso. Todos cargan con sus cosas: paquetes, bolsos, las compras del almacén. Me observo, sola, dejando pasar el tiempo, las manos vacías.

Aparece un cobrador que se aferra a su mochila. Imagino que lleva un monto importante que entregar y teme que se lo arrebaten. ¿Le preocupa algo más? ¡Claro! Está pensando en las cuotas que aún debe cobrar, las cuerdas y cuerdas que le quedan por recorrer, el humor impredecible de los socios que visitará. ¿Cómo terminará su día? Lo sigo con la mirada, ya se va, su silueta gris contra el gris de la tarde. Cruza ahora apresurada la cajera del supermercado. Va a llegar unos minutos tarde y eso puede traerle problemas. Tiene aún tareas pendientes antes de abrir y un jefe riguroso al extremo. Piensa en las horas que le quedan por delante. Esquiva al cobrador, que acaba de irse en bicicleta y no la ve, absorto en sus pensamientos. La cajera se tranquiliza y suspira. Al menos no tiene que andar por toda la ciudad, de casa en casa. Aprieta contra sí la cartera y sigue. A ella le pagan, siempre, y el dinero queda guardado en la caja. ¿Trajo el teléfono? Sí. ¡Qué susto! Sonríe. En un momento la cartera, bien sujeta, ha pasado a ser lo más importante. Una jubilada se acerca y atrae mi atención. No es por la ropa demasiado abrigada que lleva, no. Son sus ojos inexpresivos, avanza sin mirar por donde camina. Esquiva, sin ver, a los niños que juegan a la pelota, los perros que merodean. Los autos y motos que pasan le son ajenos. Unos hilos invisibles parecen moverla con una lentitud extrema. Sus manos están vacías. Entonces me pregunto, a ella, ¿qué la sostiene?

Dejo el banco y la plaza, miro mis manos, también vacías.

D e afanes y deseos

Los gatos me gustan
lejos.
No soporto el olor que dejan. Ese
olor intenso que encuentro
bajo el naranjo cuando voy a regar.

Un pedacito de tierra suelta se ha convertido
en el baño de los gatos que visitan mi patio.

Rompen con la armonía del verde y los malvones,
las matas de agapantos y el pasto que,
prolijo,
se extiende a lo largo del jardín.

Limpio
ese lugar, eligen otro.
Vuelvo
a limpiar.
Cubro con pasto seco.
Corto el césped
paso escoba y rastrillo,
riego
con agua aromatizada.
Siguen caminando por los techos y bajando
al pasto.

Lleno
las macetas de cáscaras de naranjas,
planto tomillo y albahaca,
salpico de pimienta los canteros.
Los persigo,
les grito,
los mojo con la manguera,
coloco
dispositivos en el techo, vidrios
en los tapiales.

Ahuyentarlos no es suficiente. Tengo
que aniquilarlos.

Armo trampas.

Arrasan con mi jardín, arrasaré con ellos
-pienso-

pedras
balas de carabina
veneno
sonidos estridentes
conjuros
lanzallamas.

Siguen
apareciendo.

Con un ojo menos,
una oreja rota,
una pata lastimada.
Se burlan
maúllan a coro y trepan a la enredadera de la pérgola.

Siento sus ojos, su mirada maligna
y penetrante, sus pasos
silenciosos que me persiguen.
No son uno,
ni dos,
ni cuatro.

Se multiplican.

Corro
al interior de mi casa
cierro puertas y ventanas.

El patio

ya no me pertenece.

**El cuartito
del abuelo
Angles**

olor a humedad
y tabaco
sus cartas
sus estampillas
las siestas de verano

la pequeñez que ampara

Ese año tocaba martes mi cumpleaños entonces dije empiezo el domingo a preparar alguna cosita la tarta de durazno que es la única que sé hacer por las dudas que el lunes pase algo y en fin pero después al final dije no mejor empiezo el sábado porque el domingo es un día que también pueden ocurrir cosas inesperadas así que el sábado hice una tarta y como no me gustó cómo salió se secó mucho ahí nomás repetí la receta y dije ya que la hago de nuevo pongo el doble y me salen dos por si viene mucha gente no sea cosa que se le ocurra venir a todo el grupo de pilates o a las del secundario que a veces se pierden y a veces son tus mejores amigas así que bueno ahora sí salieron dos tartas a tiempo del horno y cuando las fui a rellenar con durazno y crema me parecieron tan pequeñas que llamé por teléfono a una repostera y le encargué dos tortitas con dulce de leche sencillitas ahí mismo se me vinieron a la cabeza todas mis colegas del trabajo y las veía alrededor de mi mesa cuadrada hurgando con los ojos los restos de algo dulce para picotear desesperada me puse a buscar en mi alacena masitas criollitas mandé al cadete a comprar el resto hice dos turrone de quaker en las fuentes más grandes que tenía y le pedí a mi hija que me hiciera uno o dos crumbles que le salían tan bien igual empecé a buscar por Internet recetas fáciles y rápidas porque estaba segura que nadie me podía salvar del bochorno de no tener con qué convidar y festejar mi cumpleaños número 60.

La batería del teléfono me duraba poco de tanto googlear tortas tartas postres bocaditos scones y todo tipo de masa fácil que me ayudara a llenar mi mesa cumpleañosera. No me había quedado lugar para guardar todo así que puse un tablón sobre la cama que era de la nena y toda la

pieza se llenó de olor a vainilla y chocolate el martes a la mañana me dediqué a bañarme sacarme la pegatina de engrudo que tenía entre los dedos antebrazos codos y el pelo y a esperar a mis invitadas que podían llegar a ser 57 según un cálculo apurado o ninguna si se diera el hecho extremo de que todas se vayan de vacaciones o que estén engripadas por ser tan invierno o que se hayan olvidado de mi cumpleaños porque a nuestra edad ya puede ocurrir. Tres WhatsApp me saludaron en la mañana y fueron las primeras tachadas de la lista con la lógica de que si vienen a la tarde no me escriben y así con siete más entre el mediodía y la siesta por lo tanto ya se había reducido en un porcentaje importante la concurrencia cuestión que se hicieron las tres puse el agua 3:30 busqué las tacitas 4 prendí la cafetera 5 preparé jugo en la jarra 6 saqué del freezer unas cervecitas 7 me tomé una lata 8 la segunda 9 destapé un vino tinto 10 no cené, dejé vasos y botellas sobre la mesa y atraída por el olor a vainilla y chocolate que venía de la pieza me fui a dormir. Sola. A la cremosa y esponjosa cama de Carolina.

Pre guntas vitales

“Preguntas vitales” dijo Ana C. y desde ese momento Tamara no pudo pensar en otra cosa. “Un texto que parta de una pregunta vital”: no me parecía algo tan difícil para alguien como yo que vive enroscándose con temas existencialistas, pero parece que a mi amiga no le salía una sola idea ni frase que la lanzara al juego loco de la escritura.

Tampoco podía pensar en otra cosa. Eso me dijo cuando nos encontramos como todos los martes en Bártano. Éramos muy distintas pero muy amigas -quizás por eso-.

-A ver, ponete en mi lugar, ¿con qué empezarías? ¡Tírame una idea flaca! -me dijo suplicando mientras con el celular chateaba, se reía, hacía muecas.

Me quedé mirándola como una madre a una hija que no se comporta, mientras hacía tiempo para pensar algo.

-Trato de recordar qué libros leí que me hayan sacudido -le dije- Al margen del tema y de la trama que ya sabés poco me interesan.

-Uh, qué sos complicada -dijo distraída y tiró el teléfono dentro del bolso.

-Quizás encontrando el germen de esa potencia que tienen algunos textos -comenté en voz alta pero como hablándome a mí misma- “Heidi” fue el primero. No te rías. Esa soledad en el paisaje inmenso ... no sé, me provocó una excitación extrema, me abrió una puerta hacia algo que desconocía. Habré tenido 11 años ...

-¿¡11 años?! -casi gritó Tamara

-Sí o 12, no más ... ¿Qué te sorprende?

-Nada.

-Lo más fuerte, creo, fue enfrentarme a ese abuelo parco y silencioso comiendo todos los días de su vida lo mismo.

-Capaz te hacía acordar a tu abuelo -sugirió tímidamente mi amiga.

-Pan, leche y queso de cabra. Y el esmero con que disponía esos alimentos sobre la mesa y los compartía orgullosamente con su nieta ... La simplicidad de la vida, la

austeridad ... no sé; pero aún hoy me emociona ...

Tamara no dijo nada, se hacía la ocupada con su abundante desayuno campestre recién servido.

-Y del mismo tenor pero ya de adulta, me pasó con un libro de Saer. "Limonero Real". Ese rancho junto al río, esa vida dura en la rutina de la supervivencia, el carro con las sandías prometiendo alguna moneda en el bolsillo ... Y la reunión familiar para Año Nuevo donde el vino y el cordero y la ocasión prometían borrar todas las miserias, al menos por unas horas.

-Muy actual -dijo Tamara- no lo leí pero no parece una gran historia -comentó para aflojar.

-¡"Los Miserables" de Víctor Hugo! largué como una flecha. Lo leí con fiebre, no creo que haya sido ese el motivo pero ¡Mamita cómo me marcó! Habré tenido 30 y una sed de entender tantas cosas ... Me acuerdo nítida la descripción de un personaje que se va a vivir a la ciudad con un exiguo empleo y minuciosamente saca cuentas para saber lo que podría gastar día por día para subsistir y llegar al próximo cobro. La pieza de alquiler, la tintorería para el traje, sólo sopa en la cantina, un libro ... no sé, otra vez la austeridad ...

-¡Te estaba por decir eso! -exclamó mi amiga- Mirá si hubieses vivido las infancias de nuestros padres, escapando del campo o de los abuelos ... ¡de la guerra!

-Es verdad -le contesté-, nunca sentí que me haya faltado nada ...

-A lo mejor, sentías que no te faltaba nada porque no pedías nada -dijo una Tamara aguda y sensible.

-Puede ser ... no sé por qué me quedo pegada a ese tipo de personajes.

El bar se iba llenando con la clientela de la tarde y Tamara saludaba a cuatro

manos.

-Otro: -dije grave y seco para llamar su atención- Osvaldo Soriano, no recuerdo cuál de sus libros. Un detective, un tipo hostil, acabado, resignado que vive todo tipo de situaciones angustiantes, peligrosas o irónicamente absurdas, pero que ¡nunca come! Sólo fuma y toma café. O sea que su vida, 'la vida' se desarrolla a través de una nebulosa de humo y estómago vacío y seco por el café viejo.

Tamara abrió los ojos y se acercó un poco más a la mesa.

-¿Y? -preguntó- ¿Cuál sería el tema ... vital?

-No sé. Ahí está la cosa, lo mismo me pasó con 'Larsen' el narrador en "El Astillero" de Juan Carlos Onetti. Ese círculo donde pasan cosas, pero en realidad no pasa nada; porque si el tipo no come, no duerme, no ama ... ¡no puede pasar nada!

-Lo dijo Cortázar: "Un puente es un hombre cruzando un puente, ché"

-escupió Tamara con la vehemencia de quien entiende la partida.

-¡Exacto! Siento que en esos relatos vacíos de deseos nos están desnudando y achacando muchos excesos...

-Ay, Flaca, no te pongas culposa ahora -y mordiendo la última tostada de pan casero largó- lo que creo es que el escritor escribe lo que puede y que el lector interpreta lo que quiere ... Y ya está, muchas gracias, cualquier cosa que escriba va a encerrar alguna de esas preguntas bravas que quiere Ana C. y que cada una de las chicas del taller encontrará o no jaja ¡Gracias amiga!

La miré sin entender; yo aún estaba enredada en mis profundos

recuerdos literarios pensando qué otras lecturas amadas agregar a esta lista de emergencia cuando Tamara haciendo mucho ruido corrió la silla, se paró, se puso la campera, colgó su bolso amarillo -el único que tiene y que la acompaña como un amante-, me chantó un beso y dijo -Chau. "Me voy a hacer lo mío".

Mi ánimo ya había virado hacia ese estado donde las cosas -y hasta las personas- dejan de ocupar su justo lugar en el mundo y todo ese espacio que ellas habitaban ahora está íntegramente destinado a mis pensamientos. Así, distraída, pagué la cuenta y sonreí al mozo, en realidad pensaba en Tamara, tan enérgica y dispuesta ... ¿Me habrá querido decir algo que no escuché? Sus ojos caramelo me seguían nerviosos en mi relato. Pienso si su huida precipitada fue huida o promesa. Tal vez se haya ido realmente a escribir, la veo, rodeada de plantas, de telas y papeles y cáscaras de cebolla; en definitiva la veo llena de posibilidades vitales, jopo en la cara haciendo de todo un poco para evitar responder sus propias o heredadas pero imperiosas preguntas.

A m a p o l a s R o j a s

No juego con niños de cabeza grande, me dan impresión, nacen forzando la testa y luego se desencadena un proceso de inflamación neuronal y quedan así para siempre. Les cuesta respirar cuando duermen, hay camas especiales para estos niños pero no se encuentran fácilmente, no es un negocio rentable -al poco tiempo de haber cumplido 9 años los niños mueren-. Por suerte en esta capital helada he visto pocos. En cambio aquí se produce un fenómeno único: a algunas niñas cuando se desarrollan les crece un tercer pecho, las llaman Amapolas Rojas. Son bellas y risueñas, como si el tercer pecho las hiciera más dulces. Con mamá nos hospedamos siempre en el mismo hotel, viene aquí todos los veranos, conoce milimétricamente calles, paseos, museos, calcula cada movimiento, sabe qué comer, cuándo y en qué zona se sirven los platos más económicos y ricos. Los últimos dos días almorzamos y cenamos en el bar de la Esquina Oscura. Es como un túnel viejo y rancio no entiendo por qué le atrae. Hay una mujer sentada siempre en el mismo lugar, lleva puesto un piloto con cuello alto, su rostro es algo opaco, quizás de niña el hielo de las calles amargó su piel o quizás tuvo dengue -la enfermedad transmitida por el mosquito-. Se parece a una escritora arrepentida que conocí en el secundario, terminó siendo la mejor profesora de literatura, cada vez que leía una poesía me

quedaba un sabor extraño en la boca como si las palabras fermentaran. La observo bien, no es una Amapola Roja. Los vasos rotos en la basura hablan de la torpeza del mozo o de su plan para boicotear la atmósfera tensa. Un queso con agujeros se asoma por la heladera de la coca cola como desilusionado de su presente y prega por un final normal y sin violencia, sabe que al atardecer se acercan las bocas que atrapan quesos para enmudecer el aliento cansado. Me pregunté por qué sabía tantas cosas, dónde las había escuchado. En el preciso momento vuela un palo de amasar desde la cocina y le pega en la frente a la señora con piel opaca, su cabeza cae perfecta dentro del plato con sopa, salpicando el vestido de mamá. Salimos del túnel sin decir una palabra. Lluve, me toco el pecho porque algo me molesta y siento una pequeña protuberancia, no le digo nada a mamá, empapada es una sombra.

Los pájaros que no vienen a beber el agua de charco del jardín

Hay algo escondido en la tierra al lado del algarrobo
detrás de la enredadera que nunca creció
no es un presentimiento
mi oído lo escucha hasta cuando duermo
pequeños murmullos que ensordecen de noche y de día se confunden con el trinar de los pájaros

la razón por la que nunca fui hasta ese lugar es el miedo
una razón que es de mi madre que me recuerda todo el daño que acecha
ahora que vuelvo a la casa voy sigilosa
adviento la tensión en la tierra
la gramilla que se hunde dentro de mis zapatos y mi corazón que desciende hasta los tobillos
como si mis sentidos estuviesen a 10 centímetros del suelo

los pájaros no vuelan de noche y en ese momento los quiero
estrujo entre mis manos mi vestido amarillo y sigo
entendiendo lo que fue y vendrá

el patio y la casa pertenecen a un grupo de hombres cazadores furtivos
acechan caminos y montes
viven solos

hacen guardia
necesitan las pieles para vender
se calientan con ramas que recogen
cocinan caldos con trozos de carne de animales que cazan
no bailan ni cantan
apenas hablan
las armas necesitan su tiempo
matar de un solo disparo
acechar es una acción instintiva racional

en la noche helada el más joven se duerme
no pudo advertir a los otros
el aire pesado aplasta los cuerpos dormidos
mientras por las ventanas
entran los animales del monte
puma zorrino perdiz yarará lechuzas
tienen pezuñas orejas casi humanas
les sirven para camuflarse en los sueños de los hombres que sueñan todavía
al lado del algarrobo y detrás de la enredadera.

U n jardín para jugar

La papa hervida y pelada es su almuerzo, hoy la condimentó con aceite de girasol y sal, busca una silla y se sienta en la habitación donde hay una pequeña biblioteca que está en el tercer piso de la casa antigua. Fernando trabaja becado como parte de un proyecto de archivos y organización de documentos de la ong que alquila la casa. La ong pertenece a un matrimonio joven y sin hijos, ella es alta con cabellos enrulados y él de baja estatura con barba gris, parece que tiene una mirada profunda pero son las ojeras que enmarcan su rostro. Fernando traga un pedazo de papa y piensa en la última palabra que le dijo su jefe, “inepto”, “inepto distraído”, solo piensa, mientras la luz tenue que entra desde la ventana lo ilusiona, algún día le pedirán que sea el bibliotecario.
-¡Fernando, vení ya!

- Sí, señora
- Te parece que puede haber este olor a papa miserable y pobre condimentada con ese aceite que huele a pueblo, pueblo de mier... que nadie conoce, ¿te parece?
- No señora, no va a volver a suceder.
- Te encerrás en la cocina y ahí comés cartón si querés no me interesa.
- Sí señora, pensé que no estaba usted.
- Y eso qué tiene que ver, ni cuando estoy o no estoy, ¿entendiste?

Cuando ella se va Fernando toma la papa y la refriega por sus manos, acaricia y humedece su carne frágil, alimenta su piel seca. La come así tironeando los últimos pedazos granulados y amarillos. Se toca los dientes, le duelen, cierra los ojos y cuando los abre se percata de la bambina que lo mira desde del edificio enfrente.

Del otro lado de la calle trabaja como aprendiz Camila en el depósito de una zapatería. Esconde su plato enmantecado en la heladera con sobras de calabacín y zapallito, mañana seguro su madre le da un pedazo de pan tostado para agregarle. No le gusta el trabajo, el betún le da asco. A las 12:30 espía a su vecino que todos los días se sienta delante de una papa pelada y le habla.

A ella le parece horrible comer a escondidas, pero lo hace. Termina su trabajo y toma la bicicleta que deja detrás de la calle atada a un palo

negro. Se dirige hacia la casa de la manicura, espera sentada en el banco de madera de pino y mientras le liman las uñas le cuenta lo que vio. Su vecino después de hablar con la papa la tiró a la pared y la desparramó por todos los libros, algunos cayeron al piso otros quedaron colgando de los estantes. Su vecino se apoyó en la ventana, la abrió y saltó al balcón, besó las flores y voló.

La abuela de la manicura escucha la conversación y las interrumpe, acaba de recordar que su hermana no puede dormir la siesta cuando su perro tiene hambre y comienza a llorar con un aullido intrigante.

-Pero la muy vaga se da vuelta en la cama y sigue durmiendo, me tengo que hacer cargo yo, pobre animal ¡qué culpa tiene!, le doy un pedazo de pollo que hay en la heladera y se lo come escondido debajo de la mesa.

La hermana de la abuela de la manicura que vive en la misma casa se lastima poniéndose unos zapatos muy apretados y maldice todos los cielos. No piensa llevarlos más a ese zapatero tacaño que tiene un negocio tan chiquito que no entra ni él por la puerta: los estantes abarrotados de zapatos viejos, cordones, zapatillas y botas. Aunque por un momento piensa que le gusta, le gusta cómo la miró, cómo le dio el paquete que envolvió en papel madera tan despacio y cómo la despidió, -adiós señora-, con un tono teñido de algo, no se entiende bien cuando es un sonido en toda la frase, no son las palabras, es un sonido, agudo y ralentizado. En ese momento que maldice, su perro sale ladrando de la casa como si buscara otro lugar, un jardín para jugar, como si entendiera que jugar a veces hace más fácil las cosas.

A Camila le parecen horribles muchas cosas como por ejemplo que el perro de la hermana de la abuela de su manicura tenga que perderse y vuelva a los tres días con la oreja lastimada y muerto de hambre, o que su vecino pase la lengua a cada libro para limpiar la papa desparramada mientras sabe que lo está mirando una niña desde la ventana. O comer escondida sentada en una silla al lado de la heladera en el depósito de la zapatería que aborrece.

Al otro día, cuando vuelve a dejar la bicicleta en el mismo palo encuentra un grupo de personas que observan en silencio un cuerpo tirado en el piso. Camila piensa que nunca vió tan hermosa cabellera como un bosque en el asfalto de donde salen huyendo todo tipo de insectos. Recorre el cuerpo estilizado con la mirada y queda absorta cuando entiende que espalmado en la mano de la mujer muerta hay una especie de ungüento amarillento semejante al almidón de la papa, otra cosa que le parece horrible: el almidón desparramado en el asfalto.

E I vals

El plomero vino ayer y se fue sin arreglar la pérdida de la canilla, hay que comprar una nueva.

-¡Mariano! vení, decime, ¿fuiste a la ferretería?

-No, mamá.

-¿Y cuándo pensás ir?

-Creo que mañana cuando salga de la facu.

-Ahhh, ¿y hasta mañana seguimos con la pérdida?

-Y sí mamá, bancatela, yo no puedo ir antes, si no mandá a alguien que la compre y te la traiga.

Mariano sale de casa con su mochila y auriculares, no vuelve hasta las once de la noche.

Magda sentada y apoyada con los brazos en la mesa sigue mirando la cocina, trata de penetrar con los ojos dentro de las alacenas y descubrir territorios sucios. Sabe que en algún lado se esconde la pequeña cucaracha, la que aparece cuando enciende la luz para ir hasta la heladera y tomar algo fresco. "La muy estúpida corre asustada a esconderse ¿será la misma?" Piensa que sí, porque podría asegurar que crece día a día. Quiere saber dónde se esconde y matarla.

Magda se levanta va al baño y se lava las manos con jabón blanco, se coloca una crema nutritiva y vuelve a la cocina, se asegura de cerrar bien todas las persianas. Se sienta de nuevo en la mesa pero esta vez más cerca de las alacenas. Toma el diario del día anterior que le trajo su hijo para leerlo pero no puede concentrarse por el rumor de las gotas que caen en la bacha de metal. Camina hacia el baño nuevamente, toma una pastilla que la hará dormir mejor, faltan unas cuantas horas para las diez pero debe organizarse con tiempo.

La cucaracha pequeña aparece sobre la mesa, se detiene delante de la hoja

del diario como si pensara que puede ser un buen lugar para esconderse. Magda trata de entender si la está mirando, un movimiento casi milimétrico le indica que sí, como si especulara con una huida repentina para despistar sus manos encremadas. La cucaracha retrocede 5 cm hacia la derecha, luego se desliza hacia la izquierda hasta quedarse congelada en el centro de la mesa, pero no huye. Magda no se mueve. El insecto repite los movimientos, son precisos, rítmicos, como una coreografía estudiada. Por un instante Magda creyó haber escuchado un vals y se preguntó si era posible que el insecto haya interpretado lo mismo y actuara en consecuencia bailando en la mesa delante de su única espectadora.

Se corta la luz, "otra vez, ¡hoy ya se cortó dos veces! A estos no les importa nada, hacen lo que quieren con nosotros" piensa Magda que permanece sentada y alerta. Cuando vuelve la luz la cucaracha ya no está. Magda observa un pequeño agujero en el diario donde hay un aviso: "Busco compañía para pasear, comer, bailar, alguien alegre que disfrute de las salidas y los perros". Toma la agenda del cajón de la mesa y anota el número de teléfono, mira el reloj de pared y se da cuenta que pasaron cinco horas. Mariano ha vuelto pero ya duerme, ella por primera vez en mucho tiempo se va a la cama cansada como si hubiera estado bailando durante horas.

*Primero fue noble semilla,
que almacenó su riqueza
para luego erguirse en gran árbol
que cobijó descendencia.*

*Cuando sus ramas se extienden
lo hacen también sus pies,
y así es que tenemos vida del derecho y del revés.*

*Son historias que bajan a cuentagotas
y son vidas que suben apresuradas.
Son final y principio
entrelazadas...*

**Lo que
te quiero
contar
...**

Allí estaban mis hojas blancas, apiladas, rodeadas de plumas, tintas y colores. Pensé que era un buen día para que mis recuerdos vuelen, aniden en la copa del árbol más alto y esperen.

No escribiré, me dije.

Nada.

Si una idea llegaba a mí, su destino sería viajar imaginariamente sin tocar el lápiz.

Me inquietaba pensar si lo lograría. Para mí palpar las hojas, rasgarlas incluso con la fina mina de grafito o rayarlas con colores y acuarelas, se ha transformado en una necesidad. Pero ese día les daría un descanso.

Nada.

Mientras sacaba el polvo del estudio, donde abundan cosas que siempre quiero organizar, mi nieta dijo: -Baba, ¡quiero ayudarte! Ayudar es su manera de decir que quiere hurgar mis cositas, jugar con mi bijou antigua o mirar fotos viejas que siempre están aquí o allá.

Ella tomó una caja y al abrirla, un poco bruscamente por la ansiedad de encontrar tesoros, algunas fotografías cayeron sobre la deslucida alfombra -esa que nunca me decidí a tirar porque aunque ya no se veía esplendorosa tenía el aroma de aquella antigüedad que a mí me ata-. Frani levantó una foto e inmediatamente noté en su carita la intriga y adiviné su pregunta ¿quién es abuela?, ella es tu tatarabuela, dije.

El ping pong había comenzado ¿me contarías algo de su vida? ¿La conociste?.

No la conocí, le respondí con los ojos húmedos, pero puedo contarte una historia interesante. Y comencé el viaje desde la raíz hasta la copa de ese árbol de la vida, donde las ramas se extienden como brazos que te ayudan a subir, subir, subir.

Pasamos una hermosa tarde en sepia. Cuando mi nieta se fue y quedé sola, tomé una de esas hojas en blanco y la devolví a la vida. Escribí: mi nieta sabe que existen. Luego cerré los ojos y exhalé profundo, ella contaría nuestra historia.

El amor en tu árbol

-Mamá, quiero que me hables del amor en tu familia. -dijo mi hija una tarde que, atravesando la pandemia, se le había dado por constelar- Hablame del amor de las mujeres de tu árbol genealógico, tus abuelas, bisabuelas ¿se casaron enamoradas o por obligación?

Fue una pregunta que detonó mi organizado árbol genealógico, ¿cómo saber?

Hubo tiempos en que los matrimonios eran arreglados según conveniencias y que el amor era “algo que llegaba con la convivencia”, pero ¿había alguna historia así entre las ramas intrincadas de mi árbol? Allí estaba yo, con mis búsquedas infinitas, con ancestros del año de ñaupá, reconociendo que ya era tarde para ir por esos relatos, que saber si amaron con mariposas podía perfectamente inventarse. Es posible que el amor maternal fuera la única forma de amar que conocieran y puede bien justificar la escandalosa cantidad de hijos que traían al mundo. Considerar que pude ser el resultado de una historia así, me puso a pensar. Sentí que en algún lugar de mi árbol podría haber fallas y el efecto mariposa habría hecho de las tuyas.

-No sé de las incontables historias de amor y desamor que ellos atravesaron -le dije- solo puedo imaginar en parte los deseos que dejaron atrás, las luchas por tener y por ser y los dolores que causaron sus censuras.

El cuaderno de apuntes de mi hija puede quedar así, expectante.

-Hoy solo puedo hablarte de mí, dije y mirándola fijamente a los ojos comencé el relato de amor que la trajo al mundo.

La Rutina de los Pérez

El día estaba tranquilo. Como cada mañana el gato se sentó frente a su plato exigiendo comida fresca. El canario ya se había dado un baño matutino y Alicia había limpiado el piso debajo de la jaula, luego agregó alpiste seco y agua limpia. También era un hábito encontrar al perro del vecino en la casa de los Pérez. Don Armando tenía por costumbre acariciarle las orejas con su bastón y darle un bocadillo los siete días de la semana siempre a escondidas de su hijo Lisandro a quien nunca le gustó derrochar comida.

Se percibía el aroma a verduras hervidas desde la vereda de enfrente. La sopa humeante declaraba la hora del almuerzo. El viejo vecino estuvo tentado de pedir un plato pero sabía que jamás se saldrían de la rutina pactada y se quedó con las ganas.

La abuela también tuvo su ración diaria, fue Ernesto quien abriendo la puerta del macizo y amplio ropero, le ofreció la porción caliente a la abuela que agradeció gentilmente obsequiándole una caricia en el rostro que jamás olvidaría. Dijo que sintió su piel tan suave pero tan fría. Todo era normal esa mañana pero no lo fue a la siguiente ni la que siguió a esa. Cada porción de la abuela quedaba intacta apoyada en

la mesa de luz. El tercer día Ernesto percibió un olor distinto que emanaba del ropero y avisó rápidamente a su padre que constató la defunción de la abuela Margarita. Fue colocada en una linda caja construida por su hijo y enterrada al fondo del patio como todos los Pérez. El perro del vecino fue quien sufrió más la falta del abuelo y le llevó una semana darse cuenta que el bocadillo no era el mismo de la mano de Lisandro que aunque lo tocaba con un palo extrañaba a don Armando que ahora ocupaba el amplio espacio en el ropero y recibía su porción de comida diaria mientras Ernesto en su taller alistaba una caja de madera y cavaba un pozo bien hondo en el fondo del patio al lado de la abuela.

Creemos que exageramos, pero es justicia

Marzo de ensueño lo llamo porque está entre la calma del calor que te agobió en febrero y la tibieza suficiente para sentarte al sol a disfrutar de la lectura. Y eso es lo que tenía pensado hacer: terminaría ese libro rodeada de la tranquilidad del pasto un poco crecido que acosquilla mis pies descalzos, sentiría la brisa fresca que seguro me regalaría alguna hoja semiseca que el abortivo árbol quiere sacarse de encima tempranamente y se enredaría en mi cabello que no peiné. Apresuro el paso y me sitúo en el fondo del patio entre el banano y las clivias. Me dispongo a la lectura y admiro el exagerado crecimiento de la buganvilla que me recuerda que esta semana vendrá el jardinero y todo quedará prolijo y corto como no me gusta. Veo aparecer a mi marido que se rasca la cabeza y comienza a darme indicaciones, me voy, dice, y agrega que hizo afilar las tijeras de podar porque la última vez el jardinero las dejó a la miseria, me explica que haremos podar el siempreverde dejando solamente los ramales principales, total crece rápido, y el banano lo cortaremos a la altura de la cintura, dice. Está bien le contesto todavía acomodando mi reposera y sosteniendo el libro con una mano y la tijera de podar en la otra. Él sigue indicando que esto y aquello y yo solo pensando en las pocas páginas que me separan de ese final que tanto retrasé porque amo terminar un libro en silencio y abrazarlo mientras respiro profundo sintiendo que he parido algo. Pero él me sigue diciendo que bla bla mientras arranca de un tirón esa enredadera silvestre que no sabe acaso que

es mi preferida pasiflora o pasionaria
o pasión de Cristo o cómo diablos
quieras llamarla pedazo de sanguijuela
podadora y chupaclorofila asesino de
zinnias salvajes en un solo movimiento
agresivo y directo disparo la tijera
podadora recién afilada con la fuerza de
un huracán que se incrusta sin pasión
en su ojo izquierdo el derecho bañado
en sangre se abre el doble y alcanza
a mirarme con el horror de quien no
entiende absolutamente nada y le digo
que yo solo quería un final feliz.

No es Lila

Decidí cambiar el color del comedor, quería un color vivo pero que no sea chillón y grotesco, ni muy claro y que no se note. Me senté en la compu con la paleta de colores y fui directo a los azules, había pensado en un celeste para cambiar mi fanatismo por el verde, pero sabía que podía caer en lo naif, o por el contrario terminar en una onda hospitalaria. A Paulita seguro no le iba a gustar, para ella solo existe el rosa. Me decidí por un color parecido al lavanda. Nunca me gustó el celeste, siempre me pareció un color patriótico, de los actos escolares, las guirnaldas del 20 de junio. Mi celeste tenía que ser más jugado, más moderno. Cuando vi pintadas las paredes dije: -¡guau! Es intenso, pero justo. No sabía si me gustaba o me perturbaba. Ese día vino mi mamá y se enamoró, mi tranquilidad aumentó. A la tarde llegó Germán y no se dio cuenta del cambio, quizás era lo mejor, eso quería decir que no era muy llamativo y podía pasar desapercibido. Más tarde, una amiga llegó a buscar unas cosas. Con su tonada histriónica me dijo: -¡Lila! Me encanta. -No es lila, le dije, es celeste tirando a lavanda, aclaré y en seguida cambié la conversación.

No era lila, claramente no había elegido lila.

A la noche mientras cenábamos, Germán giraba la cabeza surcando en panorámica la casa, y con una mueca indecisa, me

dijo que no le terminaba de gustar el color, que era raro. Entonces *revolié* la lapicera roja que había usado para corregir los exámenes que se estrelló contra la pared. Quedó como si una amapola le hubiera nacido de las entrañas. Lorenzo me miró desconcertado, y corrió a buscar un trapito húmedo. Agarré mi celular porque sonó un mensaje, era Carol, mi psicóloga, que me recordaba la tarea de la terapia grupal: “Analizar si vale la pena gastar esa energía”. Mientras trataba de sacar la mancha, Paula jugaba con una estufita de bolsillo que le había regalado. El líquido rosa del gel empezaba a oscurecerse como una nube.

La Fiesta

Hoy podría ser un buen día, el invierno recién llega y las tardes son bastante templadas, tengo la casa limpia, la comida preparada, mis hijos se fueron de sus abuelos y a la noche tengo una fiesta. Así deberían ser todos los días, una fiesta o una reunión al anochecer para recordarle al cuerpo que se puede hacer algo distinto a limpiar y cocinar. Tengo el vestido perfecto esperándome sobre la cama, hecho a medida, se desliza por mi piel como un pez recién soltado en el río, me siento liviana acróbata flexible, hasta iría descalza. La noche está fresca, quieta como en un cuadro, antes de entrar al salón, exhalo el aire helado y una corriente eléctrica me traspasa el cuerpo, enseguida los graves de la música me golpean en el pecho y mis caderas se quieren mover, pero contengo el impulso y saludo a la gente, intercambiamos elogios, risas y guiños. La comida llega desfilando color y aromas que me recuerdan que tengo hambre, mientras voy probando lo que la moza nos trae el vestido se siente tan fresco que los pasos fluyen y armoniza con la música, las luces, las sombras y en cada giro me animo un poco más, subo bajo salto escalo me cuelgo, alguien me pasa una copa de vino y es como si me entrara un ardor por las venas y llega a mi estómago y a mi cabeza y giro un poco más fuerte nos abrazamos entre todos la foto nos detiene en un sinfín de flashes el chico de remera negra me mira entro la panza enderezo hombros saco culo me enrulo el pelo y acomodo el cuerpo bailo igual que antes pero atiendo a las poses que posan más fuerte cuando me mira y me voy en la música que me lleva me voy me voy me voy abro los ojos está detrás de mí pasa casi rozándome y me dice algo que

entiendo con una claridad espantosa y se aleja mi novio lo detiene desprevenido le agarra el brazo se zafa y el vino de su copa mancha el vestido de la chica de al lado que abre los brazos sorprendida y suelta el plato la torta se desparrama debajo del zapato del señor que la esquiva y pierde el equilibrio manotea mi vestido que cede a su fuerza y se raja y se estira cae al suelo grito el dj sube la música y en cancanes transparentes negros me libero de las botas del corpiño abro la puerta y salgo a la noche a recibir la helada y fundirme en la espesura.

**L a s
a u t o r a s**
-no están seguras
cuánto lugar ocupan
en el mundo,
pero se atreven
a preguntárselo-

Soy Nora, siempre me gustó contar historias, pero escribirlas es una tarea reciente que me llena el alma. De enseñar lengua a poner en palabras los recuerdos. De la compañía de los nietos a imaginarlos en relatos. Me encantan las sierras, la vida al aire libre. Mi lugar está aquí y allá, viajero, junto a los afectos, a la orilla de un río, en el viento que sopla y sopla entre los álamos, al calor de un hogar encendido.

Soy Bibi, me gustan las historias y la poesía, leer y a veces escribir, me gusta cuando las palabras se acomodan para estremecer el cuerpo.

Soy Silvia, trabajé durante muchos años en la escuela dando clases de matemática, física y química. Desde que me jubilé comencé a estudiar una disciplina ancestral, Chi kung, que me encanta.

Además de leer soy una apasionada por tejer y coser.

Hoy me dedico a dar clases de Chi kung y Tai Chi. Estas prácticas son muy placenteras tanto por trabajar conmigo como por poder transmitirlos a los demás.

Como escribir ha sido mi materia pendiente, asisto a los talleres de lectura y escritura que dicta Carolina. Disfruto mucho ser principiante en el arte de crear historias y poder plasmarlas en un papel.

Soy Silvina,
mi espacio
es transformación
suspiro irregular
ojos que se abren
piel que se eriza.
Ocupo
espacio intangible
no visible
no se mide,
no se agrega ni quita,
no se junta ni une,
no hay medida inicial,
no tiene rostro
ni forma
tiene latido
salvaje
con sabor a tierra
perfume a lluvia
rabia de saliva
melancolía que ruge
y grillos que me acarician
soy verbo
equilibrio
pasión
sangre que corre
grito escondido
cuerpo florecido.

Me llamo Silvia, me llaman así, o Sil, mi
amor, mami, hermana, (hija ya no) pero
podría llamarme Analía
yo no me llamo (creo)
pero me invoco
demasiado
y ocupo (creo) en el mundo
el lugar de esa invocación.

Soy la Pato, profe de matemática...o de física...o de
química, que durante 33 años trabajé feliz en la escuela,
y ahora, ya jubilada, me dedico a asistir a los talleres de
escritura de Carolina porque tengo infinitas historias
para contar y quiero tener las herramientas necesarias
para hacerlo. Pinto, dibujo, escribo y leo que es lo que
siempre me gustó hacer y no siempre tuve el tiempo...
Soy acuariana pura: me gusta volar,
valoro mis espacios y rechazo los horarios!
Hoy además soy abuela y me encanta compartir
con mis nietas todo el tiempo que puedo!!!!
Hoy ocupo mis 40 cm² a mi antojo, de puntillas o
de plantillas. Lo verdaderamente importante es el
contacto con la tierra...

8cm x 5cm
4cm x 10cm
2cm x 20cm
1cm x 40cm

c u a r e n t a
centímetros
cuadrados
-taller de lectura y escritura
inspirado en cuentos de
Samantha Schweblin-

ESTA PUBLICACIÓN
S E T E R M I N Ó
DE IMPRIMIR EN
NOVIEMBRE 2024 EN
E S P A C I O
MARIPOSA
RÍO TERCERO, CBA.